terna contribuyó á nuestra salvacion en el misterio de la Encarnacion, que es el principio universal de la gracia; y ella contribuirá eternamente en todas las demas operaciones, que no son mas que consecuencias y resultados de aquella gracia fundamental.»

Reconoced, pues, á Jesucristo como al único, verdadero y sustancial medianero entre Dios y los hombres; pero despues de Jesucristo poned toda vuestra confianza en María. Ella os tiene escrita en sus manos, grabada en su corazon, y os ama como á una hija: hablará en vuestro favor á su divino Hijo, y os conseguirá de su bondad las gracias que os son tan necesarias, para seguir con constancia en la carrera que habeis emprendido para llegar á la perfeccion. Los afectos de la naturaleza se perfeccionan, no se estinguen en el cielo: así es, que el amor que Jesus tiene á María, le mueve á no negarle nada de cuanto pide en nuestro favor.

No tengais, pues, reparo en poner vuestra confianza en María, porque esa confianza está fundada en la palabra divina. Mas para que esa confianza tenga resultados mas seguros, exige otro fundamento que debe hallarse en vuestra vida. Los Santos, dice San Agustin, no interceden por nosotros, si no descubren en nosotros alguna de sus virtudes; y María, que es la Reina de todos los Santos, ¿con qué

gusto acogerá vuestras súplicas, si ve en vuestras acciones algun reflejo de sus virtudes, su modestia en el esplendor, su humildad en medio de la grandeza, su silencio en medio de las lisonjas, su recogimiento entre el bullicio del mundo? Este es el camino mas seguro para atraerse la benevolencia y la proteccion de María.

RETIRO MENSUAL Y PREPARACION Á LA MUERTE.

Para que seais constante en estas santas prácticas, elegid en cada mes un dia para examinar vuestra conducta con mas diligencia y exactitud. El fuego de la devocion se entibia insensiblemente en medio del mundo, si no se emplean medios oportunos para conservarle siempre activo y ardiente. Muchas veces habreis observado, que algunas acciones, que os parecian inocentes y sin defecto alguno, cuando estabais engolfada en las atenciones domésticas, trayéndolas á la memoria despues de algun tiempo, os parecian menos puras, y descubriais en ellas algunas imperfecciones, que antes ocultaban á vuestro entendimiento el amor propio, la pasion ó la irreflexion. Por esta razon, creo una cosa muy útil, tanto para que conozcais mas intimamente vuestro corazon, como para que no os detengais en el camino de la perfeccion, que de vez en cuando volvais

la vista hácia atras, y examineis con tranquilidad vuestra vida, y juzgueis con severidad los movimientos secretos de vuestro corazon y vuestras acciones esteriores. Si os falta el tiempo para este santo ejercicio, emplead en él la hora dedicada á la meditacion cotidiana.

La víspera de ese dia de retiro, haced el ejercicio de la preparacion á la muerte. Es una cosa inevitable para todos, y de hacerla bien ó mal depende nuestra ventura ó desventura para siempre. Se ignora el tiempo, el modo y el lugar en que ha de venir; no sabemos si tendremos la mente libre para ofrecer á Dios el sacrificio de nuestra propia existencia. Así es, que los cristianos fervorosos, deseando salir de este mundo con las disposiciones mas santas, cada mes se preparan para la muerte, imaginando que han llegado ya á su última hora, y hacen al Señor aquellas oraciones que desean poderle ofrecer en su última agonía. Jesucristo es el modelo de nuestra vida como de nuestra muerte; debemos vivir imitándole en su vida; debemos morir imitándole en su muerte.

PRÁCTICA.

Dulcísimo Jesus, que vivisteis en el mundo para enseñar á los hombres á vivir santamente, y quisisteis morir para enseñarles á bien morir, os suplico

por los méritos de vuestra Pasion, y por los dolores de vuestra agonía, me concedais la gracia de morir con Vos y por Vos, que sois mi modelo en vida y en muerte.

1ª *Consideracion.*—Jesus en todo el curso de su vida, deseó con vivas ansias la hora de la muerte. «¡Oh! como sufre mi corazon, decia á sus apóstoles, porque no llega aquel dia en que debo ser bautizado con mi propia sangre.»

1er *Afecto.*—Oh divino Jesus, haced que mi corazon en todo el tiempo de mi peregrinacion suspire por aquel dia que, librándome de los lazos de este cuerpo, me dé la santa libertad de los hijos de Dios, y que ese deseo me tenga siempre como suspendida entre el cielo y la tierra, y llene de amargura todas las falsas dulzuras del mundo.

2ª *Consideracion.*—Jesus, queriéndose preparar para la muerte, se aleja de su Santísima Madre y de todos los apóstoles y discípulos; se retira á la soledad, y allí se entretiene con su Eterno Padre en oracion humilde, perseverante y resignada.

2º *Afecto.*—Oh pacientísimo Jesus; concededme la gracia de que llegue la hora de mi muerte, cuando mi corazon se halle desasido de todas las criaturas; cuando mi corazon solo suspire por Vos, cuando á Vos solo ame, cuando Vos solo reineis en él.

3ª *Consideracion.*—Jesus, al acercarse la hora de la muerte, tuvo tanto horror y tanta pena por las culpas de los hombres, que la Santa Humanidad prosternada ante el Eterno Padre padeció increibles dolores; y fué tal la opresion de su corazon, que la sangre corrió con grande abundancia por todo su cuerpo.

3º *Afecto.*—¡Oh Jesus Misericordioso! Concededme la gracia de que mis ojos se conviertan en arroyos de lágrimas, al ver tantas culpas que se cometen en el mundo; haced que mi corazon se despedace por la vehemencia del dolor de haberos ofendido; haced que termine mi vida, despues de haberla purificado con un acto de sincera contricion.

4ª *Consideracion.*—Jesucristo clavado en la cruz, oró por los que le crucificaban, y ofreció su sangre por los que le daban la muerte.

4º *Afecto.*—¡Oh Clementísimo Jesus! haced que en mi última agonía, despues de haberos pedido humildemente perdon por mis culpas, perdone yo tambien con generosidad á todos los que han podido ofenderme. Sí, Dios mio, perdono de todo mi corazon á cuantos me han ofendido; y perdono todas las ofensas que han podido hacerme, porque así me lo enseñais y así lo quereis.

5ª *Consideracion.*—Jesus al tiempo de morir, en-

tregó con plena confianza su espíritu en manos de su Padre celestial.

5º *Afecto.*—¡Oh Piadosísimo Jesus! Concededme la gracia de que las últimas palabras que salgan de mis lábios, sean las mismas palabras que Vos me habeis enseñado con vuestro ejemplo. *Pater in manus tuas commendo spiritum meum.* Espero, Salvador mio, que me concedereis esta gracia, y es la única que os pido: no pido, Jesus mio, riquezas, honores ni placeres; os pido la gracia de morir santamente, de morir en vuestro amor.

Desde este momento, os ofrezco toda mi existencia: bendita la mano que me dió la vida; bendita la mano que me la ha conservado por tantos años; bendita la mano que corta el hilo de mi vida en medio de mis esperanzas. Al menos, Dios mio, de ese modo cesaré de ofenderos: Vos sabeis la repugnancia que tiene la naturaleza al golpe de la muerte, y que ese sacrificio es muy sensible para nuestra flaqueza; pero Vos mismo habeis querido sufrirle por amor mio, para consolarme y fortificarme: sed, pues, oh dulce Jesus, en el último combate, mi defensa y mi escudo: vuestra presencia me fortifique, y el Viático de vuestro Santísimo Cuerpo me aliente para la eternidad.

Así sostenido por vuestra gracia, fortificado con

las oraciones y los auxilios de la Santa Madre Iglesia, en cuyo seno he vivido, y en cuyo seno quiero morir, esperaré con resignacion y confianza el momento que separará mi alma del cuerpo, para reunirme por toda la eternidad con el principio de mi existencia, con el término de mi bienaventuranza.

Repetid con afecto las siguientes jaculatorias, y procurad que se os hagan familiares; sobre todo, no dejeis de decirlas antes de tomar el descanso de la noche.

Jesus, José, María,
Os doy el corazon y el alma mia.
Jesus, José, María,
Protegedme en mi última agonía.
Jesus, José, María,
Espire en paz con Vos el alma mia.

CONCLUSION.

Sed fiel en vuestros propósitos: no os espanten las dificultades: cuando se levante alguna tempestad, alzad los ojos al cielo y contemplad la feliz eternidad, que está ya preparada para los que perseveran hasta el fin.

¡Oh feliz eternidad! ¡cuándo brillarás para mí! ¿cuándo nos reuniremos de todos los ángulos de la tierra y nos presentaremos ante el trono de Jesus y

María, para alabar con un mismo corazon y con los mismos loores al Hijo y á la Madre, sin interrumpir nuestros cánticos por toda la eternidad?

Vivid felizmente en union con Dios, y rogad por mí.

NUMERO 2º

Consuelos del justo en la hora de la muerte.

—

MEDITACION.

I. El hombre ama naturalmente la vida, porque fué criado por Dios indestructible: el decreto de muerte hirió á todo el género humano despues del pecado: por eso el pensamiento de que la muerte está próxima, le aterra: la naturaleza se resiste á ese sacrificio y se llena de horror. Ese sentimiento de la naturaleza humana fué santificado por nuestro divino Redentor, cuando en Getsemaní padeció tristeza, temor, tedio y los dolores de la agonía á la vista de una muerte inminente. Pero el Señor, al humillarse por nuestro amor, y abajándose hasta nuestra fragilidad, nos enseñó cómo debiamos elevarnos por medio de una perfecta resignacion á la inescru-